

Lucas 21:1-4

No famosos, pero conocidos

"Cuando nadie se da cuenta"

9 de noviembre de 2025

Reverendo Brian North

Iglesia Rose Hill; Kirkland, WA

Esta mañana continuamos la serie que comenzamos la semana pasada titulada "No famosos, pero conocidos". En ella, analizamos a algunas personas comunes y corrientes del Evangelio según Lucas a quienes Jesús ministró o destacó como ejemplos de fe.

Para recapitular brevemente: en nuestra serie anterior sobre la misión de Jesús, en septiembre y octubre, quizás recuerden que un domingo hablamos de cómo Jesús emprendió con determinación su viaje a Jerusalén. Esto se encuentra en Lucas 9 y trata sobre su mentalidad y la intención con la que se dirigía. Más adelante, en el capítulo 19, pasó por Jericó (a unos 32 kilómetros de Jerusalén), donde se encontró con Zaqueo, y también analizamos ese pasaje. Poco después de ese encuentro, Jesús llegó a Jerusalén montado en un burro, en la festividad que celebramos cada primavera, una semana antes de Pascua, conocida como Domingo de Ramos.

Una vez en Jerusalén, Jesús pasó sus últimos días enseñando y ministrando en la ciudad y sus alrededores, incluyendo el Templo judío. Lucas recopila muchas de esas enseñanzas del templo en los capítulos 20 y 21. Lucas 20:1 nos dice: «Un día, mientras Jesús enseñaba a la gente en el templo y proclamaba las buenas nuevas, se le acercaron los principales sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos». Lo que sigue es un intercambio constante: los líderes religiosos poniendo a prueba a Jesús con sus preguntas, y Jesús respondiendo con parábolas y poderosas verdades.

Al final de ese mismo capítulo, leemos: «Mientras toda la gente escuchaba, Jesús dijo a sus discípulos: “Tengan cuidado con los maestros de la ley. Les gusta pasearse con túnicas largas, que los saluden con respeto en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los lugares de honor en los banquetes. Devoran las casas de las viudas y, para aparentar, hacen largas oraciones. Estos hombres recibirán el castigo más severo”» (Lucas 20:45-47).

Jesús está denunciando a los hipócritas religiosos —probablemente con varios de ellos aún cerca— que aman la atención, el estatus y las apariencias, pero no viven una fe genuina. Este es el contexto del pasaje que analizamos esta mañana al comienzo del capítulo 21: la culminación del decidido viaje de Jesús a Jerusalén, que lo llevó allí en medio de la celebración de la Pascua. La lectura de esta mañana es, en realidad, una continuación de la misma enseñanza del capítulo 20, aunque pase de un capítulo a otro. Veamos qué sucede justo después de que Jesús expone la hipocresía de esos líderes religiosos, al pasar ahora a Lucas 21:1-4. Esta es la Palabra de Dios para ti y para mí esta mañana...

Tras criticar a los líderes religiosos —personas con posición, estatus y riqueza en su comunidad— Jesús ve a algunos «ricos» depositando sus ofrendas en el tesoro del templo. No sabemos con exactitud quiénes eran estas personas, pero, dado el hilo conductor de las enseñanzas de Jesús, es razonable pensar que Jesús está viendo un ejemplo vivo de lo que acaba de decir: personas que aparentan tener fe en lugar de vivirla verdaderamente.

Y luego, en contraste, señala a una viuda pobre, cuya ofrenda habría pasado desapercibida para todos los demás. Quizás se trate de una viuda cuya casa ha sido «devorada» por los líderes religiosos de los que Jesús acaba de hablar. Se utilizan dos palabras distintas para describir su pobreza. En el versículo 2, Lucas usa la palabra griega *ἐννηχος* (*penichros*). Significa pobre o necesitado, alguien que tiene poco. Se trata de una persona que no es indigente, pero que vive en una situación de escasez económica y material. Tiene algo, pero es muy poco. Lucha por llegar a fin de mes.

Luego, en el versículo 3, cuando habla Jesús, la palabra es *πτωχος* (*ptōchos*). También significa «pobre», pero en un sentido más extremo y con un significado más amplio que va más allá de lo económico. Significa absolutamente pobre, sin recursos, poder ni estatus, y totalmente dependiente de Dios. Es la misma palabra que se usa en el Sermón del Monte cuando Jesús dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». En el evangelio de Lucas, aparece diez veces —nueve de ellas pronunciadas por Jesús—, como cuando dice que ha venido a anunciar buenas nuevas a los pobres. La única vez que Jesús no menciona esta palabra en Lucas es cuando Zaqueo dice que dará la mitad de sus bienes a los pobres para resarcir el robo que había cometido. Es esta misma palabra, *ptochos*, la que aparece en el versículo 3 del pasaje de hoy.

Aquí se plantea una cuestión teológica. En el versículo 2, se ve que ella es pobre pero sobrevive: una mujer de recursos modestos que echa unas monedas en la caja de las ofrendas. Pero a través de los ojos de Jesús, expresados en el versículo 3, él ve a alguien que no solo es pobre económicamente, sino que depende completamente de Dios para satisfacer sus necesidades. No tiene nada más que confianza en Dios. Es lo que Jesús llama «pobre de espíritu». No tiene orgullo, ni recursos, ni estatus; todo está en manos de Dios. Él es todo lo que tiene.

Esta mujer echa dos pequeñas monedas de cobre. Estas dos monedas, llamadas leptones (no liptones), Las dos monedas (como las de té helado) valían aproximadamente 1/128 de un denario. Un denario era la unidad de medida del salario diario. Así que, con esas dos monedas, ella aportaba menos del 2% de su salario diario, y era todo lo que tenía. Estas monedas apenas harían ruido al caer en la caja de la colecta. Eran ligeras, pequeñas y de mala calidad. Comparadas con las demás monedas que se depositaban, nadie lo notaba. Excepto Jesús. Jesús la notaba. Esto es lo primero que quiero que aprendamos de este pasaje: 1. Jesús la ve; y Jesús te ve a ti.

Esta mujer, que no tenía estatus en la comunidad, ni poder, ni influencia, es vista por Jesús. Él la nota. Si te sientes invisible para los demás, si te sientes poco querido, ignorado, poco apreciado, con pocos recursos, olvidado y desatendido, Jesús aún te ve. Él la nota. Puede que no seas famoso, pero eres conocido. Algunos de nosotros esta mañana simplemente necesitamos escuchar esto: que Jesús nos ve. Él vino del cielo por ti; vivió una vida perfecta por ti; murió en la cruz por ti; resucitó de entre los muertos por ti. Eres amado, apreciado, visto y conocido por Jesús, y eres valioso para él.

Y hay algo en particular que Jesús nota y sabe de ella, y es la segunda enseñanza de este pasaje: aunque solo dio una fracción del salario de un día —equivalente a un par de dólares hoy en día en Estados Unidos, o unos cinco dólares aquí en el Eastside 🤔— aunque esas dos pequeñas monedas fueron todo lo que dio, Jesús dice que dio más que todos los demás porque dio todo lo que tenía. Así que, el segundo punto es: Su generosidad superó a la de todos los demás debido a su devoción a Dios.

La cantidad de dinero que dio era insignificante comparada con la de todos los demás que dieron ese día. Pero no es la cantidad de la donación lo que Jesús valora; Es la devoción. Su devoción a Dios era de entrega total y completa, y la llevó a la generosidad. Podríamos decir: «Bueno, considerando sus circunstancias, parece que no tenía más remedio que entregarse a Dios. No tenía nada más en qué confiar ni a qué dedicarse». Pero lo que Jesús quiere decir con la comparación es que, independientemente de nuestras circunstancias, todos tenemos la opción de confiar en Dios, de serle devotos y, por lo tanto, de ser generosos.

Esto no significa que tengamos que dar hasta quedar en la indigencia. Pero sí plantea una pregunta: ¿Dónde está mi devoción? A veces, nuestra devoción a Dios puede verse fácilmente eclipsada por nuestra devoción a otras cosas: nuestro trabajo, los equipos deportivos de nuestros hijos, nuestra comodidad, nuestra política u otras ideologías e identidades a las que nos aferramos. Cuando nuestra devoción a esas cosas supera nuestra devoción a Dios, la Biblia lo llama idolatría. La idolatría siempre nos impide estar plenamente dedicados a Dios. Nadie se libra por completo de la idolatría, ni siquiera yo. Pero Jesús murió por ese pecado. Él nos perdona, pero también nos llama a apartarnos de ello. Esta mujer, en lo que respecta a las finanzas, no tenía ídolos. Su devoción a Dios era total. Y eso se refleja en su generosidad, la cual Jesús nos invita a imitar.

Esto nos lleva al tercer punto. En resumen: Él te ve. Nos invita a ser generosos y a entregarnos completamente a Él. El tercer punto se basa en el segundo y, en realidad, nos remite al primero: 3. Dios es generoso y está entregado a ti. No solo te ve superficialmente; ve tu corazón, tu alma, todo lo que eres. Y aunque tengamos idolatría y otros pecados en nuestras vidas, Él está entregado a nosotros por toda la eternidad, demostrado de la manera más profunda en la cruz y la tumba vacía. El apóstol Pablo lo expresa así en Romanos 5:8: «Cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8). Así de entregado está Dios a ti y a mí. No se trata de que pongamos nuestras vidas en

orden y nos volvamos dignos de amor; no es una devoción que nos ganemos. Es pura gracia de Dios.

Así que, cuando Jesús nos invita a dar generosamente, a servir, a entregarnos... no es porque necesite nuestro dinero ni para ganarnos su amor. Es porque quiere que participemos de la vida y la libertad que provienen de confiar plenamente en él, de confiar en su generosidad y su devoción hacia nosotros. Él ya nos ama y quiere que confiemos aún más en él.

Hace varios años, encontré la foto de un cartel escrito a mano que alguien había pegado en su vecindario. Lo había olvidado por completo y lo encontré por casualidad esta semana en los archivos de mi computadora, mientras limpiaba el escritorio. Creo que Dios me lo mostró esta semana para este mensaje. El cartel dice: "Vecinos de la Avenida Ohio: Anoche dejé una notita de amor en el coche que creía que era el de mi esposa. Hoy nos dimos cuenta de que, cansado, la había dejado en el coche equivocado. Si resulta que este coche es el suyo, les pido disculpas por la confusión. No estoy enamorado de ustedes. (Lo siento)".

Es gracioso, pero también refleja cómo nos sentimos a veces con respecto a Dios. Pensamos: "Este tipo de amor del que habla la Biblia y que Jesús personifica no puede ser para mí. Ese mensaje debe ser para otra persona". Pero la atención de Jesús hacia esta viuda... Nos recuerda: no es un error. Él te ve. Él te ama. Vivió por ti, murió por ti y resucitó por ti. Su devoción hacia ti es así de grande. No hay duda al respecto.

Y te invita a corresponderle con la misma devoción, idealmente, con la misma devoción que él nos tiene. Esto puede resultar intimidante y siempre nos quedaremos cortos. Pero la mujer que Jesús destaca es quizás un poco más accesible, aunque su generosa devoción siga siendo extraordinaria. Esta mujer desconocida, inadvertida, salvo por la atención que Jesús le presta, es nuestro modelo de devoción, generosidad y confianza en la bondad y la provisión de Dios. A eso es a lo que Dios nos llama. No se equivocó al destacarla. Quiere que demos generosamente, que seamos devotos y que confiemos en que Dios nos proveerá en lugar de confiar en las cosas de este mundo. Esto se aplica tanto a nuestras finanzas como a nuestro tiempo, nuestros talentos y las habilidades con las que Dios nos ha bendecido.

Así pues, seamos generosos, no para ganarnos el favor de Dios, sino porque ya lo tenemos en Jesucristo. Como esta viuda pobre: Él nos ve y nos conoce. Nos ama y lo dio todo por nosotros. Y nos invita a serle fieles, viviendo con la misma generosidad con que él es generoso con nosotros. Oremos... Amén.